

LA PUERTA DEL INFIERNO

por
ZOPETERO

El camino de Priego era largo y tedioso. El trazado era distinto al de la carretera actual. Discurría engarzado a media ladera desde el Tejar, al cobijo de la Molatilla, hasta la actual embocadura del túnel de Monsaete. El camino estaba trotado, porque era el cordón umbilical de Fuertescusa con el exterior. No olvidemos que, por autosuficientes que fuesen nuestros abuelos, necesitaban aceite y otros productos de primera necesidad que no existían en el pueblo, y que conseguían negociando, como algunas veces nos ha contado el Jubilau de Reboloso, a cambio de caracoles, judías o cangrejos. Pero también servía de acceso para las visitas de otros ambulantes necesarios, desde los lañaores hasta los titiriteros.

La ruta natural podría haber sido más baja, la que toma el agua. El río discurre de arriba abajo por el fondo del valle. Ciertamente es que, durante un tramo, se olvida de Fuertescusa y se esconde detrás del Cucurucho, pero luego se vuelve a acercarse para recoger todas las aguas de nuestros manantiales. El camino desde el pueblo podría haber discurrido paralelo al Royo, pasando por la Hoz y por ermita de San Juan, algo parecido a lo que ahora hace la carretera, pero hubiese tenido un problema: Cuando se estrecha el barranco, solo queda sitio para que pase Rui Peral, preñado con todas las aguas del valle. Es un paso angosto entre dos paredes verticales de toba, decorada con agreste vegetación de sargas y zarzas en las embocaduras del cañón.

El camino tradicional había eludido los peñascos que cegaban el barranco y los cruzaban por encima. Tenía la ventaja de circular por el lado de solana lo que era de agradecer en tiempos fríos, pero era un inconveniente para los veranos, cuando los viajes podían resultar más interesantes y había que hacerlos en menos tiempo.

Los descreídos confabularon la historia, falsa sea dicho desde el primer momento, de que cuando se planificó la carretera, ésta se encontró con los mismos problemas que hubiese tenido el camino del Royo, y que para solventarlo se planeó horadar la roca a base de dinamita, practicando taladros mediante pico y barrena, llenando los agujeros con pólvora retacada y un mecha rápida y prendiendo fuego con un mechero de yesca, a la voz de "¡a cubierto!". Pretendían hacernos creer que cuando se disipaba el polvo de las piedras desprendidas y el humo de la pólvora quemada los obreros despejaban los desprendimientos de caliza mediante sus manos callosas y su fuerza. Decían incluso que cuando alguna piedra era superior a su capacidad, que se subían encima con una porra y la emprendían a golpes hasta partirla en otras que resultasen transportables.

Según esa historia, destrozaron la roca a base de esfuerzo hasta que un desprendimiento dejó un haz de luz al fondo de lo ya cavado. Todos gritaron de júbilo mientras que el agujero fue aumentando y descubrieron que tras él no había más que otro macizo de piedra, infranqueable. El tesón de los hombres y la necesidad de que Fuertescusa tuviese una carretera que uniese el pueblo con el mundo, les dio fuerzas para troquelar la segunda roca, con similares métodos y dedicación.

Lo que hace realmente increíble esa historia es que cuando reventaron el vientre de la segunda roca, encontraron una tercera, y en vez de

desistir, persistieron disgregando cada centímetro cúbico de piedra hasta abrir un tercer agujero.

Los hombres llegaron exhaustos a Fuertescusa y descansaron durante un mes. Después organizaron una semana de fiestas a la que no faltó nadie de los pueblos de alrededor, que acudieron con curiosidad para verificar el rumor y felicitar a sus vecinos.

Es cierto que, de la historia real, no hay tampoco pruebas, pero somos muchos los que la hemos oído de boca de nuestros abuelos (los que se supone que escavaron los túneles), y he de decir en nuestro descargo, que por fantástica que suene la historia a oídos profanos, es más creíble que la de los hombres desmenuzando rocas. Al fin y al cabo, al artífice de los agujeros en cuestión ya le conocíamos en Fuertescusa.

Empezaré a contar la verdadera historia por el principio.

Efectivamente, el progreso del pueblo estaba estancado por la falta de conexión con los alrededores, pero a nadie se le ocurría una idea para solucionar el problema. Desde el gobierno central y el provincial estaban dispuestos a construir una carretera, pero se encontraban con el mismo escollo: cómo salir del barranco.

Cuando el Ayuntamiento recibió la comunicación reunió a los vecinos y le transmitió las nuevas. Todos bajaron la cabeza al comprobar que finalmente se quedarían sin carretera. Tendrían que seguir bajando las judías en mulas por el camino de Priego, en vez de poder cargar un carro y bajar cómodamente sentados hasta Albalate, cargados de caracoles dispuestos a ser cambiados por orzas de aceite.

La reunión se había realizado en la taberna, que a pesar de su pequeño tamaño, acogió a hombres y mujeres, niños y ancianos. A todos los que vivían entonces en Fuertescusa, salvo dos moribundos que yacían en cama y dos de sus familiares que los velaban. Quizás con una carretera, un médico les hubiese podido visitar más a menudo.

También faltó a la reunión el Tío Milhombres. El huraño anciano que para entonces había construido las Campanas, y que vivía apartado de los vecinos en las afueras de pueblo, al pie de la Cuesta Blanca, debajo de la Fuente Grande. Algunos vecinos habían visto las Campanas en toda su dimensión, antes de que un desprendimiento cortase el acceso a los túneles principales. Estos son los que habían tenido, y aún mantenían, alguna relación con el anciano. Los que todavía perseveraban en convencer al resto de que en las cuevas vivían miles de pequeñas criaturas que habían ayudado en la construcción de las Campanas.

Pero realmente el Tío Milhombres no faltó a la reunión.

Nadie le vio asistir a la misma porque se coló en el callejón que hay detrás de la taberna y se sentó sobre un tonel bajo, una ventana de la misma. Allí escuchó todas las palabras de los ediles y los lamentos de todos.

Cuando vio que la reunión se terminaba se retiró discretamente. Había caído la noche y el paseo por el Bronchero hasta las Campanas se le hizo lúgubre y pesoso. Cuando llegó, los leños que había dejado bajo el caldero apenas eran ya un rescoldo caliente. Sin embargo el caldo todavía hervía lentamente. No tenía apetito.

Sin encender el candil apartó la cortina que, colgando de una vara, dividía la estancia en dos, y se aventuró sobre su jergón de paja. Las nubes de tormenta estallaron sobre el Cucurucho en decenas de relámpagos y truenos que rompieron la noche. La lluvia fue escasa y cuando más tarde cesó la tormenta, el viento le acercó a Milhombres las campanadas de la torre. Las dos. Las tres. Las cuatro...Ya cuando el alba empezaba a asomarse por Santiago se levantó, echó un mendrugo de pan en el bolsillo

de la chaqueta y bajó hasta la fuente de la Cuesta Blanca. Se lavó la cara, las manos y los antebrazos. Se atusó los pocos pelos que le quedaban y se dirigió hacia la Fuente Grande.

La tormenta había refrescado el ambiente. Dejó la Peña de las Aleguillas a la izquierda y se arrojó por el barranco. En el fondo del Hocino todavía era de noche cerrada. Cruzó la senda del Tejar y de Priego y cruzó el Royo. Atravesó la Hoz y cuando los primeros rayos del sol pasaban junto al Castillo, volvió a cruzar el Royo, casi llegando al punto donde no se podía seguir a pie.

Se sentó en un peñasco y estuvo observando el macizo de piedra que le cerraba el paso. Que cerraba el paso a todo el pueblo. Después de dos horas se levantó, se acercó y golpeó con sus nudillos la dura roca. La roca no le respondió. Retrocedió y se engarbó por entre los pinos lo suficiente para pasar por encima de las piedras que cerraban el barranco. Era un terreno abrupto de pendientes empinadas y vegetación cerrada de pinos y romeros. Pero con calma fue trepando hasta que estuvo sobre las rocas y pudo ver que no era uno sino tres los gajos de caliza que cerraban el barranco. Aquello, lejos de complicar el asunto, quizás fuese una ventaja.

Terminada la inspección deshizo el camino mientras sacaba el mendrugo de pan del bolsillo. En la Fuente Grande, echó un largo trago de agua fresca y se sentó a ver como el sol, ya alto, iluminaba el horizonte recortado de pinos sobre cielo azul. Los riesgos de lluvia se habían disipado. Al llegar a su caverna, traspasó la cortina y se echó sobre el jergón. Ahora sí durmió. Con la tranquilidad de que el trabajo ya había empezado.

Al anochecer había refrescado. Era pronto todavía. Encendió dos leños y retiró en un puchero pequeño parte el caldo que había cocido en el caldero. Cuando se calentó, lo llenó de migas de pan y lo comió con avidez con su cuchara de madera. Al salir a la boca de la cueva la noche era cerrada, pero el resplandor de la luna aventuraba una noche luminosa. Se acercó a otro agujero y silbó con un tono agudo y prolongado.

Comenzó su camino, el mismo que había hecho por la mañana, y, poco a poco, oscuras manchas poblaron el camino a escasos metros detrás de él.

La ausencia de luz nos permite saltarnos la descripción puesto que aunque muchos saben que existen dichas criaturas, nadie las ha visto lo suficiente como contar como son. Por su volumen podrían tener el tamaño de un erizo, pero son rápidas como liebre y fuertes como un jabalí. Casi todos los que las han vislumbrado coinciden en que tienen piernas y brazos, pero no forma humana.

Al principio fueron unas pocas disgregadas las que siguieron a Milhombres, pero en poco tiempo comenzaron a aparecer cientos, incluso miles de aquellas criaturas de todos los agujeros de la tierra y formaron una larga procesión hacia el Hocino.

Cuando llegaron a su destino, un nuevo y prolongado silbido las paralizó a todas. Un momento después atacaron la roca y comenzaron a disgregarla. Se organizaron en grupos y mientras que unas desmenuzaban piedra otras las retiraban. En tres horas el primer túnel estaba abierto. Al amanecer, un pequeño agujero en el tercer túnel inundó la obra de humo. Por la pequeña abertura se podía ver el monte ardiendo al otro lado del río. Nadie dio una orden. Como si un instinto global las gobernase, aquellas criaturas pasaron de una a una por el escaso espacio abierto, pero a una velocidad de vértigo. Sin saber de qué manera cruzaron el río y se dispusieron en bandas paralelas a la orilla, transportando agua hasta que, en poco más de una hora, el rojo del fuego cambió por el rojo del sol que aparecía y comenzaron a llegar los primeros hombres alarmados

por el fulgor del oeste en el amanecer. Llegaban desde arriba, por el camino de Priego, y apenas dieron a las criaturas tiempo para retirarse. El tercer túnel quedó terminado en pocos minutos, instantes antes de que llegasen los hombres, que todavía tuvieron que volcar algunos peñascos hacia el cauce del río, donde aún permanecen, mientras las criaturas se retiraban a su hábitat oculto.

Milhombres también se retiró discretamente sin que nadie le viese. Años después, conversando con dos vecinos que rememoraban los misteriosos agujeros que aparecieron en la roca la noche del incendio que se extinguió solo, el Tío Milhombres reconoció que, quien fuese el autor de aquello, al concluir el último túnel y ver el incendio enfrente no pudo tener otra sensación que la de encontrarse en la Puerta del Infierno.